

**SEMINARIO DE FORMACIÓN
DEL
RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO
EN GRADO DE APRENDIZ**

S U M A R I O

- **La esencia espiritual del Régimen Escocés Rectificado o las teorías erróneas de René Guénon respecto a la doctrina de Jean-Baptiste Willermoz**
Jean-Marc Vivenza - Página 2

- **La masonería cristiana, sala capitular de la Casa del Hombre**
Ferran Iniesta - Página 16

LA ESENCIA ESPIRITUAL DEL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO O LAS TEORÍAS ERRÓNEAS DE RENÉ GUÉNON RESPECTO A LA DOCTRINA DE JEAN-BAPTISTE WILLERMOZ

Jean-Marc Vivenza

Entramos hoy en una nueva era para el Régimen Escocés Rectificado, puesto que por una parte terminamos con un período demasiado largo en que sus tesis han sido duramente contestadas por ciertas corrientes de la Francmasonería, en particular por los tenientes de la herencia guenoniana, y por otra, por un justo retorno de las cosas, somos ahora nosotros, a nuestra vez, quienes ponemos en evidencia los errores de las tesis de René Guénon y su incompatibilidad con los fundamentos doctrinales establecidos por Jean-Baptiste Willermoz.

Muchos son los que han quedado sorprendidos al no comprender lo que hay en juego, o simplemente rechazan admitir los hechos relativos a las inexactitudes que sostiene Guénon cuando se expresa respecto al Régimen Escocés Rectificado. Mientras que durante decenios, en nombre del universalismo, hemos estado sufriendo bajo un nutrido fuego de violentas críticas el estar asumiendo una vía iniciática y caballeresca exclusivamente cristiana, nos es dado, en la actualidad, el no continuar sufriendo pasivamente los fuertes ataques que nos son dirigidos e incluso poder responder, serena pero firmemente, que Guénon se ha equivocado estrepitosamente, que ha errado pesadamente, y con él, todos aquellos que han dado crédito a sus tesis con extrema ligereza.

¿Por qué esta nueva situación es importante? Nada menos porque nos permite comprender mejor la validez de nuestra acción, al igual que captar el carácter eminentemente vital en el seno del mundo masónico contemporáneo. Para ser concisos, lo resumiré gustosamente en algunas palabras diciendo que esta clarificación nos conduce a poder afirmar que: el Régimen Escocés Rectificado es una vía, o más exactamente una Orden iniciática autónoma, coherente, completa, autosuficiente, que se piensa y considera como tal, en primer lugar por razón de su depósito doctrinal único que hereda, con incontestable legitimidad, de Martínez de Pasqually por mediación de Willermoz, explicando su enjuiciamiento concerniente a la naturaleza «apócrifa» de las otras corrientes masónicas, Orden que encarna una corriente que es un verdadero recurso providencial, en el sentido de que tiene por

objetivo, en nuestros tiempos tormentosos y desorientados, el re-cristianizar, según nuevas bases y un método específico, las almas de deseo en busca de la Verdad.

En efecto, el Rectificado, que se constituyó entre 1778 y 1782 buscando el perfeccionamiento y la reforma de la antigua tradición escocesa, debe vivirse imperiosamente, y esto no es negociable, permaneciendo fiel a sus bases originales, so pena de perder su especificidad y su «espíritu» rector, en provecho de una concepción andersoniana que es, no solamente una traición respecto a lo que quiso constituir Jean-Baptiste Willermoz, sino que además, lo que es mucho más grave, representa un riesgo mayor ante el devenir y la continuidad histórica de la esencia espiritual de lo que es la «rectificación».

I. LA NATURALEZA DEL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO

Recordemos pues, lo que ya he querido responder en una obra mía -por lo que he sabido, desde ahora también traducida al castellano¹- . En primer lugar, y en forma de exposición rápida, los motivos de la crítica a esta declaración inverosímil consistente en que el Rito Escocés Rectificado, por razón de su carácter exclusivamente cristiano, estaría marcado según René Guénon y sus discípulos, por un misticismo religioso que llevaría a sus miembros a una cierta tendencia a la «exoterización», y estaría falso de las claves «operativas» capaces de hacer acceder a los buscadores a los últimos grados del «conocimiento» iniciático auténtico.

a) Un error portador de una continuada incomprensión

Sin embargo, al margen de proferir un reproche de estas características, en absoluto anodino al tratarse de una sociedad iniciática que hace venir a ella a los hombres para que alcancen las fuentes del conocimiento, René Guénon mantendrá a propósito del Régimen Escocés Rectificado un considerable error que manchará, desgraciadamente, el conjunto de sus criterios ulteriores, impidiéndole de este modo penetrar en el corazón de la esencia iniciática del Régimen. ¿Cuál es este error? Hélo aquí, expuesto en algunas líneas por Guénon mismo: «El Régimen Escocés Rectificado no es una metamorfosis de los Elegidos Coëns, sino más bien una derivación de la Estricta Observancia, lo que es totalmente diferente; y, si bien es cierto que Willermoz, por la parte preponderante que tuvo en la elaboración de los rituales de sus grados superiores, y particularmente el de “Caballero Bienhechor de la Ciudad Santa”, pudo introducir algunas de las ideas que había extraído de la

organización de Martínez, no es menos cierto que los Elegidos Coëns, en su gran mayoría, le reprocharon en gran manera el interés que profería así como la preferencia a otro rito, lo que a sus ojos era casi una traición, al igual que reprocharon a Saint-Martin un cambio de actitud de otro género».

El error de juicio de Guénon no escapó, en su época, a Gerard van Rijnberk que no dejó de poner de manifiesto el carácter perentorio de una afirmación de este tipo, muy poco justificable tratándose del fondo doctrinal del Régimen Escocés Rectificado, que visible y curiosamente era totalmente o desconocido o ignorado por aquel que deseaba expresarse como maestro en temas de esoterismo y francmasonería: «El Sr. Guénon, escribía van Rijnberk, me reprocha mi frase relativa a la metamorfosis willermoziana y Martinista del Martinezismo. Asegura que hay ahí un equívoco a disipar: “El Régimen Escocés Rectificado no es una metamorfosis de los Elegidos Coëns, sino más bien una derivación de la Estricta Observancia, lo que es totalmente diferente.” ¡Qué sorprendente observación!

Así, ¿el grado secreto de Cab. Profeso y sobre todo el de Gran Profeso, que forman el colofón de la Orden Interior del Régimen Rectificado, no sería otra cosa que simple Masonería Templaria y no contendrían en absoluto en germen de manera velada, aunque evidente, la doctrina de Martínez?

Van Rijnberk estaba en lo cierto y pronto vio la aporía que hacía caducos los argumentos que le eran opuestos, descubriendo inmediatamente el enorme fallo en el razonamiento de Guénon, y se sorprenderá de este monumental desconocimiento de las Instrucciones de la Profesión, sin las cuales no es posible un conocimiento real del Régimen Rectificado y de la naturaleza y perspectiva de sus trabajos.

Sin embargo, para convencerse de lo bien fundamentado del análisis de Gérard van Rijnberk, bastaría con leer simplemente a Jean-Baptiste Willermoz, como demuestra su correo destinado al Príncipe Charles de Hesse, en el que declara claramente la existencia de un vínculo doctrinal entre los Elegidos Coëns y las Instrucciones secretas que coronan la Orden que acababa de fundar: «...es esencial, escribe Willermoz, que prevenga aquí a Vuestra Alteza Serenísima, que los grados de dicha Orden [la Orden de los Elegidos Coëns] encierran tres partes: los tres primeros grados instruyen sobre la naturaleza divina, espiritual, humana y corporal; y esta instrucción es la base de la de los Grandes Profesos...» (Carta al Príncipe Charles de Hesse-Casel, 12 de octubre de 1781).

¿Cómo pues, y por qué, Guénon, con tanta energía, considera necesario mantenerse en una posición que contradecía y lo invalidaba todo? ¿Qué explica esta actitud tan extraña en aquel que supo, en otras circunstancias, proceder a correcciones y modificaciones significativas cuando fue necesario, pero que, de manera inexplicable, en el caso que nos ocupa, permanecerá, contra viento y marea, manteniendo juicios perentorios y falsos?

b) Un trágico desconocimiento de la estructura interior del Régimen Rectificado

La solución , por decirlo de algún modo, de esta extraña incomprendión de Guénon, y algunos de sus herederos, respecto al Régimen Escocés Rectificado, encuentra su explicación en una grave confusión, que confirma el profundo y gran desconocimiento de la composición y estructura interna del Régimen Rectificado, desconocimiento que aparece muy claramente en estas líneas extraídas del artículo «Un proyecto de Joseph de Maistre para la unión de los pueblos», inicialmente publicado por Guénon en marzo de 1927 en la revista «Vers l'Unité», en el que sostiene, sorprendentemente, hablando de la repartición de los grados en el seno del Régimen: «He aquí cómo esta repartición parece establecerse: la primera clase comprende las tres clases simbólicas; la segunda clase corresponde a los grados capitulares, de los que el más importante y quizá incluso el único practicado de hecho en el Régimen Escocés Rectificado es el de Escocés de San Andrés; finalmente la tercera clase está formada por los grados superiores de Escudero Novicio y Gran Profeso o Caballero Bienhechor de la Ciudad Santa».

A la vista de estas afirmaciones, aparece inmediatamente, para aquel que conoce aunque sea un poco el carácter distinto y separado del grado de Caballero Bienhechor, del estado de Caballero Profeso y más adelante del de Gran Profeso, el enorme error, la increíble confusión, consistente en hacer de estos tres grados un idéntico nivel, lo que le lleva a ignorar los elementos iniciáticos específicos del importante y esencial fondo doctrinal alojado por Willermoz en la clase secreta de la Profesión y la Gran Profesión.

Esta enorme y lastimosa ignorancia va a tener temibles consecuencias en los posicionamientos de Guénon, y le va ha hacer mantener tesis radicalmente inexactas, ya que, desgraciadamente partía de falsas premisas⁵. El carácter inexplicable de la actitud de Guénon, de la que hoy conocemos la causa, comportando la afirmación continuada y repetida de un conjunto de juicios a cual más parcial, parece tener un solo objetivo visible: conducir los

ataques contra Jean-Baptiste Willermoz y el Régimen Escocés Rectificado a fin de tratar de demostrar su carácter no tradicional.

c) Realidad iniciática del Régimen Rectificado

Ahora bien, al encuentro de lo que piensa René Guénon, el Régimen Escocés Rectificado encarna una notable continuidad respecto a la doctrina de los Elegidos Coëns, continuidad que ha permitido conservar y preservar a esta última, ofreciéndole un maravilloso marco organizativo que jugará, con el tiempo, un papel protector y salvador incomparable, haciendo de este Régimen, no solamente el legítimo heredero de la Orden fundada por Martínez de Pasqually, sino además, el guardián de una llama de la que detenta, incontestablemente, la maestría y el «depósito», por el carácter propio de su esencia espiritual orientada completamente, en todos sus niveles y grados, en dirección a la obra de reconciliación que tiene por fin, principal y casi únicamente, la «reintegración» del hombre en sus primeras propiedades y virtudes divinas.

Aparece así, de modo incontestable, que la Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa es portadora de una base espiritual y una herencia histórica directamente salida de las enseñanzas de Martínez de Pasqually, y que hay que hacerse completamente el sordo y estar bastante cerrado, incluso autista, ante los elementos formales que recibimos por vía de las diferentes fuentes históricas disponibles, pero también es cierto que no hay peor sordo que aquel que no quiere oír, para rechazar convenir que aquello que ha unido, profundamente, al Régimen Escocés Rectificado con la doctrina Martinezistas, participa de una incontestable y directa filiación de la que la Gran Profesión, en toda lógica, será y continua siendo poseedora por los elementos propios que en su momento fueron depositados por el mismo Jean-Baptiste Willermoz, sin prejuicio de una eventual y posible ayuda o benevolente estímulo recibido por parte de Louis-Claude de Saint-Martin, como nos indican positivamente los términos de una carta del 19 de septiembre de 1784 escrita por el Filósofo Desconocido al reformador lionés.

II. LA ESENCIA DEL RÉGIMEN RECTIFICADO Y LA NOCIÓN DE TRADICIÓN

Otro aspecto, absolutamente contradictorio, entre la doctrina del Régimen Escocés Rectificado y René Guénon, y quizás incluso si cabe, más radicalmente incompatible y que es preciso sobre todo no subestimar, tiene

que ver con la noción de «Tradición», contemplada por Willermoz, en esto perfecto cristiano y discípulo de Martínez de Pasqually, de manera muy distinta, cuando menos, de la manera sostenida por el autor del Simbolismo de la Cruz. Se podría considerar que este segundo punto es más periférico en relación al primero, y que la demostración de los errores precedentes relativos a la naturaleza del Régimen Rectificado bastaría ampliamente para dejarlo claro, haciendo que no fuera necesario insistir más sobre el particular. Nada sería más falso e imprudente, ya que las afirmaciones críticas de Guénon al encuentro de la corriente willermoziana están todas subtendidas, no lo olvidemos nunca, por una teoría global en radical oposición con las concepciones cristianas del Régimen Rectificado. Es lo que vamos a examinar ahora, lo que por otra parte nos permitirá darnos cuenta, de manera muy nítida, de la inmensa fosa que separa las posiciones guenonianas de las concepciones de Jean-Baptiste Willermoz, y sobre todo del papel simbólico y espiritual fundamental jugado por Phaleg en el seno del Régimen, llevándonos a captar su identidad innata.

a) La Tradición primordial según Guénon

Para Guénon, las formas tradicionales de nuestro presente Manvantara, o era temporal, conservan muy concretamente, incluso si en ocasiones lo hacen de manera muy indirecta, un vínculo con la «Tradición primordial», que califica por otra parte de hiperbórea a causa de su origen «polar» que, por su carácter primero, sería la Tradición fundamental presidiendo la fuente de difusión del Conocimiento sagrado en el seno de nuestro ciclo actual. Esta Tradición denominada «primordial», es decir la más antigua tradición de la humanidad, sería la Tradición primera común al conjunto de tradiciones dichas auténticas y «ortodoxas», cuyos rastros y signos aparecen muy legiblemente en los símbolos, ritos y mitos de la Tradición universal.

Por otra parte, según la concepción guenoniana, la naturaleza «polar» de la Tradición primordial le conferiría un carácter central, es decir, no reducible a las categorías clásicas utilizadas para situar la zona geográfica de origen de una forma espiritual o religiosa particular, categorías que se dividen, como sabemos, para nuestra era actual, en dos ámbitos distintos: Oriente y Occidente. La Tradición primordial se expresaría pues actualmente por mediación del simbolismo, verdadero lenguaje universal que sobrepasa las diferencias entre civilizaciones o religiones, en razón justamente de ésta pertenencia común a una idéntica memoria anterior.

La Tradición primordial juega así un papel paradigmático en Guénon, lleva en substancia, puesto que en la concepción cíclica a diferencia de la visión cristiana todo va de una fuente de perfección, del Principio, punto de partida simple y unificado, hacia un estado de disolución que ve el fin de un ciclo y el comienzo de otro, como lo explica la doctrina india del Sanâtana Dharma (Orden universal), la esencia de «la Unidad» original.

b) La Tradición según la religión cristiana

Imaginamos fácilmente lo que tales concepciones pueden tener de chocantes y sobre todo de inadmisibles para un discípulo de Cristo, que rechazará admitir, como escribe Jean Tourniac, el cual criticará sin embargo esta posición: «todo aspecto igualando la tradición cristiana con otras tradiciones 9». Ahora bien, y conviene señalarlo, el carácter original de la tradición cristiana viene del hecho de que no se relaciona a una tierra, a una herencia simbólica particular, a un conjunto de costumbres o mitos que serían comunes al resto de la humanidad, sino que está ligada y es dependiente de una «Revelación» y de un culto, transmitidos no por una civilización, sino por una línea, una descendencia que es la de los Patriarcas, los Justos y los Profetas terminando en el Mesías, por el misterio de la Encarnación de Cristo Jesús.

En este aspecto, la tradición cristiana, que se dice poseedora y heredera de la Palabra revelada de Dios, unida al Verbo, el Logos, no puede ser tan solo una «ramificación» de la Tradición primordial, una «rama desprendida» del tronco poderoso y fecundo de la Tradición universal representada por Oriente que la habría conservado en su máxima pureza, sino, muy al contrario, al menos para un cristiano, es el corazón, el núcleo de la auténtica «Tradición», es decir, aquella que detenta el depósito de la Revelación, «Revelación Divina» primitiva confiada y transmitida por Dios a los Patriarcas, a los Justos y a los Profetas.

Es importante comprender pues que desde el punto de vista cristiano, que es el sostenido y enseñado por el Régimen Escocés Rectificado, la palabra «Tradición» no se aplica indistintamente al conjunto de la herencia simbólica o mitológica de la humanidad. La palabra «Tradición» es exclusivamente reservada a la «Revelación» que se efectuó bajo forma oral, siendo objeto más tarde de una transcripción que recibirá el título de «Santas Escrituras» en las que el Cristo, el Mesías, es la culminación de las promesas.

Guénon, que tropieza en la naturaleza «exclusiva» y no universalista de la Revelación, en la medida en que ésta declara que sólo Cristo lava y libera a los hombres de la «falta original», quien, por otra parte, en su visión sitúa la Palabra del Evangelio en una relación de «subordinación» ante una metafísica considerada como «no humana», superior a todas las formas tradicionales, afirma claramente que no puede aceptar la pretensión del cristianismo de detentar, de manera solitaria, un carácter sobrenatural y trascendente: «(...) siempre es la misma cosa, escribe: afirmación de que el cristianismo posee el monopolio de lo sobrenatural y es el único en tener un carácter “trascendente”, y que por consecuencia, todas las otras tradiciones son “puramente humanas”, lo que de hecho, viene a decir que no son en absoluto tradiciones, sino que más bien serían asimilables a “filosofías” y nada más (...) dicho de otra manera, únicamente el cristianismo es una expresión de la Sabiduría divina; pero desgraciadamente no son más que afirmaciones (...) todo esto se acompaña de una argumentación puramente verbal, que solo puede parecer convincente para aquellos que ya están convencidos de antemano, y que vale lo mismo que la que los filósofos modernos emplean, con otras intenciones, cuando pretenden imponer límites al conocimiento y quieren negar todo lo que es de orden supra-racional¹¹». Prosiguiendo sobre su convicción, la confesión de Guénon, como conclusión de otro artículo, es de un gran interés, ya que desvelará claramente el fondo de su pensamiento: « (...) ningún entendimiento es realmente posible, declara, con quien tiene la pretensión de reservar a una sola y única forma tradicional, con exclusión de todas las demás, el monopolio de la revelación y de lo sobrenatural».

c) Incompatibilidad doctrinal entre el Régimen Escocés Rectificado y Guénon

Parece pues evidente, si queremos detenernos a reflexionar sobre ello un instante, y este elemento no es secundario, que la gran laguna del pensamiento guenoniano viene de su completo olvido de la dimensión antropológica de la cuestión espiritual. El hombre, para Guénon, está situado en el centro de un torbellino cíclico que le es casi exterior, extraño. Dependiente de leyes cósmicas que lo sobrepasan ampliamente, jamás es preguntado, en esta concepción que podríamos casi definir como de naturaleza «mecanicista», lo que reemplaza la responsabilidad del hombre. Este aspecto del problema, desde el punto de vista metafísico, no es a descuidar, ya que la doctrina de los ciclos presupone una suerte de eternidad, de continuidad casi sustancial del universo, o de los universos.

Ahora bien, el universo, es decir, la totalidad absoluta de los mundos, a imagen de todas las cosas creadas, no es eterno, no posee permanencia ontológica, es perecedero, frágil, fugaz, sometido a la limitación, finito y mortal. Nadie contestará que haya habido, al comienzo de la humanidad, una comunicación de Dios a los hombres, representando los fundamentos de una Tradición original, de una «religión primera» cuyos rastros son perceptibles y bien visibles, aunque profundamente degradados, en los diferentes pueblos.

Si esta primera «Revelación», no escrita, que fue objeto de comunicación por Dios a los Patriarcas, los padres de la humanidad, de sus enseñanzas y sus leyes después de la expulsión del Edén de Adán y Eva, se convertirá en el fundamento de una Tradición primitiva que a buen derecho podemos nombrar como «Tradición Madre» según Louis-Claude de Saint-Martin¹³, sin embargo es preciso señalar a continuación que esta Tradición se divisa casi inmediatamente, y ello desde el episodio relatado en el libro del Génesis, cuando la separación que sucederá entre el culto falso de Caín y aquel otro, bendito por el Eterno, celebrado por Abel el justo. El culto de Caín, en efecto, únicamente basado en la religión natural, era una simple ofrenda de alabanza desprovista de todo aspecto sacrificante, mientras que el culto de Abel, que sabía que después del pecado original ya no era posible, ni sobre todo permitido, reproducir la forma anterior que tenían las celebraciones edénicas, dio a su ofrenda un carácter expiatorio que fue aceptado y agradable a Dios, constituyendo el fundamento de la «Verdadera Religión», la religión sobrenatural y santa.

d) El sentido de «Phaleg» en el plano tradicional

De tal manera los dos cultos de Caín y Abel van a dar nacimiento, desde la aurora de la Historia de los hombres, a dos tradiciones igualmente antiguas o «primordiales» si queremos utilizar este término guenoniano, pero absolutamente no equivalentes desde el punto de vista espiritual, de donde el lugar y la importancia del nombre «Phaleg» atribuido a los Aprendices del Régimen Rectificado, a fin de substraerlos de la filiación cainita reprobada por Dios y ponerlos bajo los auspicios de la Tradición bendita y amada del Eterno.

Si nos quedamos en el simple criterio temporal, como hace Guénon en su concepción de la Tradición, sin distinguir y poner a la luz el criterio sobrenatural, entonces es efectivamente posible ensamblar, bajo una falsa unidad, estas dos fuentes, para hacerlas elementos comunes de una unívoca y monolítica «Tradición Primordial» indiferenciada, encontrándose en el origen

de todas las religiones del mundo, en igualdad de ancianidad y «dignidad», puesto que salidas de similar cepa merecen el mismo respeto y recibir el mismo carácter de sacralidad.

Pero es evidente, y extremadamente claro, que hay un grave error al confundir en una sola «Tradición» dos corrientes del todo opuestas, dos cultos radicalmente diferentes y contrarios, antitéticos; uno el de Caín, trabajando por la glorificación de los poderes de la tierra y la naturaleza (y así pues de los demonios, que por ser espíritus, no son más que «fuerzas naturales»), con miras al triunfo y dominio del hombre auto-creador, religión prometeica expresada por la voluntad de acceder por sí mismo a Dios (los frutos de la tierra, en este aspecto, simbolizando los antiguos mitos paganos), mientras que el otro culto, a la inversa, el de Abel, fiel al Eterno y a sus santos mandamientos, consciente de la irreparable falta con que en lo sucesivo estará manchada toda la descendencia de Adán, y que exige que sea celebrado por los elegidos de Dios una soberana «operación» de reparación, a pesar de los inefables rastros del pecado original de los que el hombre es portador, para ser reconciliado y purificado por el Cielo.

Comprenderemos sin duda alguna por qué, inmediatamente, Jean-Baptiste Willermoz, tras los sagaces consejos del Agente Desconocido, juzgará necesario, el 5 de mayo de 1785, por una decisión ratificada por la Regencia Escocesa y el Directorio Provincial de Auvernia, apartar el nombre de Tubalcaín de los rituales rectificados sustituyéndolo por el de Phaleg, reconocido como el fundador de las «justas y perfectas» Logias.

Tubalcaín es, en efecto, el representante por excelencia de una peligrosa degeneración de los oficios del fuego y los forjadores, encarnando los aspectos más maléficos de la metalurgia y del Arte Real por una práctica desprovista de humildad y sumisión respecto a Dios: «padre de todos los forjadores de cobre y hierro.» (Génesis 4, 22).

Hay pues entre Phaleg y Tubalcaín una total contradicción, una distinción absoluta entre las familias a las que pertenecen, una significativa incompatibilidad que pareció a Jean-Baptiste Willermoz que debía ser claramente redirigida y corregida, puesto que no le resultaba decentemente aceptable ver subsistir en los rituales del Régimen Rectificado una referencia a un personaje marcado por el sello de la reprobación, y más aún cuando la intención de los trabajos de reforma efectuados en el Convento de las Galias de 1778, y el Convento de Wilhelmsbad de 1782, tenían por objeto situar el

nuevo sistema como prolongación de la «Alta y Santa Orden de los Elegidos del Eterno», haciendo positivamente de los «Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa», los lejanos herederos de la línea de los Justos y piadosos servidores del Eterno, situándose en la filiación directa de Abel, Set y Sem¹⁵.

e) La Tradición según Martínez de Pasqually y Willermoz

Como nos lo explica Martínez de Pasqually en el Tratado de la reintegración¹⁶ desde el mismo origen no hay una sola Tradición, sino dos «tradiciones», dos cultos, lo que significa dos religiones, una natural reposando únicamente en el hombre, y la otra sobrenatural poniendo todas sus esperanzas únicamente en Dios y su Divina Providencia. La sucesión de acontecimientos no ha dejado de confirmar este constante antagonismo, esta rivalidad y separación entre dos «vías» diferentes en permanente oposición, haciéndolas rigurosamente extrañas e irreconciliables.

La posteridad de Abel, después de su muerte, imagen viviente de la «Tradición» fiel a la Palabra del Eterno, será sucesivamente representada por los principales Patriarcas que serán los poseedores y guardianes de la Revelación Divina «primitiva», y así pues de los nombres que nos son dados por las Escrituras que nos hacen conocer diez: Adán¹⁷, Set, Enós, Cainán, Mahalaleel, Enoc, Matusalén y Lamec padre de Noé. Ellos son los que transmitieron, sin alterarla, la Tradición Divina que habían recibido, enriqueciéndola y desarrollándola, mientras que al mismo instante, paralelamente a este pequeño linaje de Patriarcas que velaban celosamente sobre las enseñanzas santas y puras, manteniendo con devoción el culto sagrado al Eterno, la inmensa mayoría de hombres era inspirada por la falsa tradición natural de Caín, por la religión desviada y pervertida productora del vicio, del crimen, de la impiedad, de la impudicia, del desenfreno y la corrupción generalizada de costumbres y valores.

¿Qué esconde, en realidad, una voluntad de apertura hacia las tradiciones no cristianas en Guénon, que pudiera parecer, a primera vista, generosa, y de la que se guarda a la vez de clamar demasiado fuerte el resultado, desenlace que sin embargo Guénon había perfectamente descrito en términos sobre los cuales no podemos dejar de pensar, y con los que nos entrega, la verdadera clave del enigma, que se disimula como proyecto detrás de esta idea de «Tradición primordial»?: «La tradición hindú y la tradición islámica son las únicas que afirman explícitamente la validez de todas las otras tradiciones ortodoxas; y si es así, es porque, siendo la primera y la última en el

curso del Manvantara, ellas deben integrar igualmente, aunque bajo modos diferentes, todas estas formas diversas que se han producido en el intervalo, a fin de hacer posible el “retorno a los orígenes” por el que el fin de ciclo deberá volver a su comienzo, y que en el punto de partida de otro Manvatara, manifestará de nuevo al exterior el verdadero Sanâtana Dharma1».

La idea oculta es la de una incorporación, la de una «integración» de la tradición occidental en el seno de la tradición oriental, de una verdadera «absorción» por la cual sería disuelta y devuelta a su pretendida «fuente» a fin de que pudiera cumplirse el último «retorno a los orígenes» prefigurando el final del actual Manvatara y el surgimiento de uno nuevo que se comprometería, a su vez, en un movimiento cíclico dividido en diferentes edades o períodos, y así eternamente.

Por otra parte, apoyando y confirmando su convicción, al igual que justificando el terrible destino que le está reservado, el juicio despectivo de Guénon respecto al cristianismo no adolece de ambigüedad ninguna: «(...) en despecho de los orígenes iniciáticos del cristianismo, éste, en su estado actual, ciertamente no es más que una religión, es decir, una tradición de orden exclusivamente exotérico, y no tiene en sí mismo otras posibilidades que las de todo exoterismo; por otra parte tampoco lo pretende en modo alguno, puesto que no aspira a otra cosa que a obtener la “salvación”. Una iniciación puede naturalmente superponérsele, e incluso así debería ser para que la tradición sea verdaderamente completa, al poseer efectivamente los dos aspectos exotérico y esotérico; pero al menos en su forma occidental, esta iniciación, de hecho, no existe en la actualidad.»

Tal es la secreta visión guenoniana, y la estupefaciente consecuencia a la que conduce esta alucinante doctrina que subordina la Revelación cristiana a la religión cósmica reprobada por Dios. En efecto, lo que fundamenta la esencia de la verdadera y auténtica Tradición, volvamos a decirlo, viene del carácter justo y perfecto del culto que se celebra al Eterno. Si una transmisión está corrompida en su origen, sea cual sea su anterioridad y su antigüedad, su «primordialidad» podríamos decir, conserva su naturaleza viciada y no presenta ningún interés desde el punto de vista espiritual; continúa marcada por el sello de la reprobación y constituirá una rama marchita portadora de una esencia alterada. Podríamos por este hecho, y en este aspecto, tratándose de elementos tradicionales, hablar de una Tradición santa y auténtica a continuación de la cual conviene, humilde y fielmente, situarse, y de una tradición «apócrifa» como la nombrará Martínez de Pasqually, la cual debe ser

vigorosamente apartada por inexacta y falsa, nutrita como está por la revuelta y la insumisión a ojos de Dios.

Es por lo que, separándose de esta falsa tradición, los hermanos del Régimen pueden participar de una vía según el espíritu que les vale ser distinguidos con el título significativo de «Bien amados», representando una «puesta a parte por Dios», un substraerse del Mal, una separación según el sentido del nombre Phaleg dado a cada Aprendiz cuando su entrada en la Orden²⁰.

CONCLUSIÓN

Podemos constatarlo: la crítica de las concepciones guenonianas, en particular relativas a la noción de Tradición, nos obliga a precisar mejor, y sobre todo a comprender mejor la extensión de nuestros deberes si queremos asumir la herencia willermoziana. Nada es más eficaz que estas aclaraciones para permitirnos tomar conciencia de aquello a lo que pertenecen, bajo el nombre de «Tradición», los masones rectificados, y lo que los distingue de otras corrientes iniciáticas.

Así pues, si somos sabedores de lo que es el Régimen Escocés Rectificado y su naturaleza, y lo que lleva en esencia, nuestra relación con la acción iniciática se verá evidentemente transformada, renovada e iluminada, ya que estaremos en disposición de evaluar la responsabilidad propia que tenemos y que nos incumbe, tanto en la conservación del Rito como en la preservación de su doctrina.

Nosotros poseemos, en tanto que francmasones surgidos de la Reforma de Lyon, una transmisión original conferida por la práctica del Régimen Escocés Rectificado, cuyos fundadores y referencias nos son conocidas, las convicciones son perfectamente explícitas, los principios claramente identificados, y es normal y legítimo que busquemos aproximarnos lo más posible a estas fuentes íntimas que nos han sido dadas cuando nuestra iniciación, y generosamente ofrecidas cuando recibimos el «interesante título de Hermano».

Hay en este esfuerzo de coherencia que hemos emprendido la voluntad de progresar hacia las bases auténticas de nuestra iniciación. El esoterismo-cristiano es pues el esoterismo de los «hijos de Dios», de los hijos del Único

«Verbo Divino» que es el verdadero «Oriente», y es por lo que podemos tener confianza en los «frutos» magníficos de nuestro bautismo y aquellos otros transmitidos por nuestro camino iniciático en el seno del Régimen Escocés Rectificado. Como dijo solemnemente quien fue por aquel entonces el Gran Maestro del Gran Priorato de las Galias, Daniel Fontaine: «la iniciación pasa ante todo y a ella debemos consagrar nuestra vida»²¹. Esta vía iniciática, preciosa, vamos a proseguirla y a edificarla juntos, para que mañana resplandezcan extensamente las luces del Régimen Escocés Rectificado y de la Francmasonería cristiana. De esta obra común seremos, y de ello estoy absolutamente convencido, felizmente recompensados con fecundas bendiciones.

Segovia, el domingo 28 de junio del 2009,
en la festividad de san Irineo

LA MASONERÍA CRISTIANA, SALA CAPITULAR DE LA CASA DEL HOMBRE

Ferran Iniesta

El sentido de las cosas tiene dos aspectos, uno espacial y otro temporal.

La Tierra de los hombres es mansión en el espacio y rito en el tiempo.

Rafael Gambra, El silencio de Dios, 2007

Si nos apoyamos en nuestro ritual rectificado del Grado de Aprendiz, nos daremos cuenta de que su riqueza es inagotable y permite, también en otros Grados, seguir sacando provecho de sus enseñanzas. En él se insiste en las virtudes cristianas sobre las que basamos nuestra labor de sometimiento del ego, se recuerda que el ruido material impide el ascenso a la luz y se describe cuál es la función de un iniciado cristiano. Este ritual es un compendio de la sabiduría contenida en el RER, empezando por un tema tan básico como el sentido de ser masón tradicional, cristiano, en el tiempo y lugar en el que nos ha correspondido vivir.

Tal y como se expresa en la columna truncada que identifica no sólo el Grado de Aprendiz, sino al propio rito rectificado, la humanidad se halla postrada y, en consecuencia, también el Templo o armonía creacional ha resultado dañado. Nadie que considere que la humanidad está en situación pletórica y que el mundo vive sus mejores días debe llamar a la puerta de los templos cristianos, porque sería un contrasentido. Estamos en la Iglesia de Cristo para purificarnos, aprender a amar y marchar incansablemente hacia la plenitud del Padre. Y esto no es distinto para quienes se acercan al RER, conscientes de que, al hacerlo, admiten su postración y buscan la ayuda espiritual que, precisamente, no hallan en este tiempo y en esta tierra. Por ello, trataré de situar qué dice el ritual sobre nuestro estado presente y nuestra misión en la vida.

I – Emergiendo de las tinieblas del Siglo

*Confundido hasta hace un momento entre
la muchedumbre de los mortales que vegetan
sobre la Tierra... desde hoy, formáis con
nosotros una clase distinta de hombres...
Ritual Grado de Aprendiz, Plancha I , p.109*

Como miembros de la Iglesia de Cristo -sea cual sea la institución eclesial concreta a la que pertenezcamos- sabemos de la Verdad, de su encarnación entre nosotros y del camino de esfuerzo y caridad que nos lleva hacia ella. Tampoco ignoramos que el Hijo de Dios se hizo hombre para restaurar el pacto entre Creador y criaturas, gravemente dañado por los incumplimientos de Adán y sus descendientes, o sea, nosotros. Y como diría en su momento San Agustín, el mejor vehículo para renacer a la nueva alianza es el amor: ‘Dillige et quod vis, fac’, ama y haz lo que quieras, porque ese es el legado central que el Dios vivo nos dejó. Sin embargo, si el bullicio y la dispersión han estado presentes en cualquier época de la humanidad, hay que admitir que en los últimos siglos esos rasgos se han vuelto norma social: esa algarabía externa acaba a veces colándose en las propias Iglesias históricas, que preservan el mensaje revelado pero pueden por momentos descuidar lo eterno en nombre de lo inmediato, porque la confusión general invade con su agitación incluso espacios genuinamente sagrados.

El iniciado en masonería cristiana ha optado, deliberadamente, por salir de esa confusión generalizada que caracteriza el tiempo moderno. No se aleja de la Iglesia, se adentra en ella; no inventa nuevas doctrinas, profundiza en las ya reveladas por Cristo; no mantiene las vestiduras de nuestra época, se despoja de ellas, y al serle preguntado por qué le presentan casi desvestido para su iniciación, responde:

*Para enseñarme a no poner ninguna confianza en las
cosas ilusorias, y a no dejarme engañar por las apariencias.
(RGA, Anexo II, p.118)*

Los metales representan lo ilusorio de la naturaleza, caída y degradada por la falta de Adán y por nuestra huida cainita hacia un activismo insensato y hacia una idolatría de todo lo material. Lo aparente es la oscuridad, la tiniebla, la ignorancia, pero el iniciado aprende de inmediato, tras serle concedida la luz, que esas tinieblas no pueden con la auténtica Luz divina, como reza la inscripción que circunda el triángulo radiante que preside las

tenidas en nuestras Logias. Lo sabemos, lo aprendemos desde nuestra incorporación a esa selecta minoría que son los iniciados cristianos: la verdadera Luz no puede ocultarse en las sombras, salvo si abandonamos nuestra labor de purificación.

La ceguera colectiva actual, la insensibilidad ante la armonía universal o la hueca arrogancia de una ciencia sin Espíritu y sin escrúulos no es fruto de un día, sino de siglos de torpezas e irresponsabilidades de los grupos que dirigen el navío humano. Esa obcecación en marchar alejados del Padre ha reproducido los errores de Caín y de los constructores de Babel, abriendo así la mirada del hombre moderno a un mar de tinieblas, aquellas que inundan las almas cuando se cierran al soplo divino que todo lo inunda de luz. Esa es la razón por la que el Venerable de la Logia, al preparar al Aprendiz para recibir la Luz, le recuerda que sólo un esfuerzo constante, virtuoso, puede permitirleemerger, de entre las aguas tenebrosas de la materia caída, hacia el horizonte en el que brilla la Verdad:

*El crimen se sumerge en las tinieblas,
sólo la virtud lleva al hombre a la Luz.
(RGA, XV, p.88)*

Mientras la muchedumbre de la que el iniciado acaba de distanciarse ignora límites y deberes, mientras las gentes que adoran únicamente el placer sin belleza se repiten unos a otros “¿Por qué no?” (romper con la tradición sagrada o inventar nuevos ritos), el iniciado sabe que hay una penosa ascensión a realizar para liberarse de vicios y remontar hacia la Luz sencilla y eterna. El masón cristiano respeta ‘los caminos que nos fueron trazados’ de antiguo por los maestros sobre quienes sopló el Espíritu de verdad y luz. Como dice Gambra en su obra póstuma, El silencio de Dios (gracias, H. Pere, por habérmela hecho descubrir): ‘Quizá ningún término exprese mejor la ruina de una civilización que esta simple pregunta: ‘¿por qué no?’ (op.cit. p.83). Nada evidencia mejor que esta frase irresponsable el desconcierto, la ceguera y las tiniebla que sepulta al hombre actual en un mar de oscuridad y de absurdo. La respuesta no puede ser otra que el respeto al Evangelio y a las virtudes que permiten realizarlo: sin justicia, sin clemencia, sin templanza, sin prudencia o sin fuerza de voluntad para ir adelante en esta liberación de las tinieblas, el acceso a la luz será fugaz y la iniciación no dará fruto.

¿Habrá que recordar, acaso, que el hombre es el predilecto del Padre?
¿Habrá que repetir de forma incansable que Dios ama tanto a su ‘menor’ –

término de Martínez de Pasqually- que le envió a su propio Hijo para rescatarlo de ese universo de sombras que Adán forjó con su soberbia? Lejos del Creador, sólo hay apariencia, vacío y oscuridad, y si en nuestros actos vemos apenas nuestra autoría, entonces es que nuevamente nos hemos distanciado y hemos levantado a nuestro alrededor la más inquietante penumbra. Cuando ponemos nuestra esperanza en la ciencia, en la política o incluso en las acciones solidarias, estamos desplazando nuestra mirada hacia la periferia de la Creación, porque en ella sólo cabe luz y Presencia divina: no significa que no nos esforcemos como científicos, como políticos o como benefactores, sino que todo ello es una acción divina de la que somos sus soportes y colaboradores. Si pensamos que hay honor, poder y gloria fuera de la verdadera Luz, entonces alzamos el reino de la apariencia, y ésta es tenebrosa. Decía el sacerdote Gustave Thibon, en su prólogo a Gambre:

*Pero esta alianza de lo social y lo divino se desmorona
en cuanto el hombre no reconoce otro dios que él mismo,
ni otra patria que el mundo temporal transformado y
desfigurado por sus manos. Y se acerca a grandes pasos
la hora en que la idolatría del porvenir le ocultará la eternidad.*
(Thibon in Gambre, op.cit. p.15)

Ciertamente, la Verdad no está en el futuro, sino en el presente eterno, aquí, ahora y siempre: el futuro del que parlotean los ideólogos modernos no es más que un velo que encubre la pujanza luminosa del presente sempiterno, del que nos ha hablado el maestro Panikkar (Culto y secularización, Madrid 1979, p.96). Y por eso mismo, el H.. Preparador señala al candidato, en la Cámara de Reflexión, que el cristiano defiende las verdades evangélicas y no se avergüenza de sostenerlas públicamente, pero que la tarea de los masones rectificados, más que hablar de ello, ha de ser un esfuerzo por ‘aproximarse al santuario de la verdad’ (RGA, VI p.30), lo que será imposible sin recogerse, sin retrase ante el ruido y la tiniebla aparentes de la sociedad actual. Aunque pueda parecer contradictorio, la oscuridad que reina en la Cámara, en la que el candidato medita y escribe sobre las verdades esenciales de la existencia humana, es mucho más luminosa que la supuesta iluminación exterior: la verdadera luz está en el corazón del hombre y de los seres creados, y su origen no tiene principio ni fin. Buscar en la soledad y el silencio es hallar compañía y luz, como recuerdan las dos primeras máximas que se someten a meditación del candidato, en el primer cuadro:

*En esta soledad aparente
no creáis estar solo.
Absolutamente separado de los otros hombres,
penetrad aquí en vos mismo,
y mirad si hay un ser
que está más cerca de vos
que aquél al que le debéis la existencia y la vida.
(RGA, Plancha VII, p.139)*

En palabras de Saint Martin, circulamos a diario junto a fuentes envenenadas y a nuestro alrededor se multiplican los altares del Adversario, y sólo con la ayuda del espíritu de sabiduría podremos guiarnos por la luz y derramar paz a nuestro paso. Nada de esto será posible sin pacificar primero nuestra alma: ‘Comenzad por establecer la paz en vuestras almas, la unidad en vuestros espíritus, la concordia y la armonía entre toda la familia humana... Porque la paz y la santidad son la alegría del Señor, al mismo tiempo que son la alegría del hombre, y porque el arco santo hace su morada entre las alegrías de los elegidos’ (Saint Martin El hombre de deseo, Madrid 2004, p.140).

No es casual que la palabra que identifica a los Aprendices rectificados sea Phaleg, el descendiente de Noé que se separa de la confusión, del ruido y de la oscuridad de Babel, para entrar en otras sombras, que son las del silencio divino. Este es el movimiento del iniciado, separarse para regresar fortalecido, aislarse para entrar en la sintonía del Espíritu que todo lo anima, entrar en el silencio para escuchar la voz del Altísimo. Este esfuerzo del Aprendiz rectificado permite la ascensión hacia la luz, despojándose del peso oscuro de los metales mundanos, aquellos por cuya idolatría caemos repetidamente en las tinieblas. Podemos llegar a imaginar que es nuestra actividad bienintencionada la que restaña las heridas de la humanidad, pero es el Espíritu quien restablece el orden del mundo, y en esa acción apenas somos servidores de su Luz:

*Acción divina, combinándote con el tiempo
es como reparas el desorden de la humanidad.
(Saint Martin, op.cit, p.120)*

Por último, por sí mismos, ninguno de los tres elementos que encuadran el universo y la Logia masónica (RGA, Plancha IX, p.142), aportan luz al sufriente que busca y persevera. No está la luz en la materia misma, ni la verdad en nosotros mismos, sino en Aquél que es Luz y Verdad. Empeñarse en mejorar la materia o la humanidad, sin dar paso en nosotros al Espíritu de

Dios, es una tarea abocada al fracaso: no es nuestra luz quien puede restaurar la armonía del hombre y la naturaleza, sino la de quien creó el universo, puso al hombre en su seno para cuidarlo y se hizo hombre para salvarlo de su propia tiniebla. Los elementos del mundo carecen de luz, degradados por nuestra soberbia adánica, y la única vía para restablecerlos en su dignidad original es reintegrarnos nosotros mismos en nuestras cualidades esenciales, siguiendo y venerando el silencio y la luz creacionales.

‘Ex Oriente, Lux’, toda la Luz que restaura y diviniza procede exclusivamente del Oriente del universo y del Oriente de la Logia, porque sólo ella es camino, verdad y vida. La labor del iniciado es un peregrinar constante, entre muchedumbres oscuras y ruidosas, marchando incansablemente hacia el Este eterno del que brota toda existencia y toda armonía. Y si persevera, su paz y su luz iluminarán el mundo, porque serán destellos vivientes de la gloria del Gran Arquitecto del Universo.

II – Reconstruyendo el Templo

Nada en la obra del Gran Arquitecto del Universo es azar o fealdad, nada es improvisación ni arbitrariedad. Tampoco nada hay de repulsivo o azaroso en las tradiciones que preservan la revelación divina entre los humanos, insertos en tiempos y espacios definidos. El cosmos es armonía y orden, como lo son asimismo las doctrinas y liturgias de las tradiciones que sobreviven a los embates babelianos. Como se expresa en el Génesis, vio Dios que su obra era buena, y eso ha sido sostenido por el cristianismo desde su aparición ¿Por qué, entonces, los grandes maestros cristianos del siglo XVIII - Pasqually, Willermoz, Saint Martin- insistieron en la oscuridad del mundo y en su carácter carcelario para la humanidad? La respuesta la tenemos en la columna truncada que preside el Grado de Aprendiz, en nuestro rito: hubo una vez un templo, en un paisaje menos desolado, pero ahora apenas se mantiene un pedazo del antiguo fuste y un entorno natural degradado por la aridez.

El H.: Vivenza explicaba en una obra reciente (*Le Martinisme. L'enseignement secret des Maîtres*, Grenoble 2006, pp.49-50) que apenas dos grandes autores cristianos, Orígenes y Martínez de Pasqually, han sostenido que la creación era una prisión ¿Contradicción fundamental respecto a la Biblia? No, si nos atenemos a qué mundo material se refiere, al degradado por la ruptura adánica, al templo humano quebrado por un mal uso del libre albedrío y a la pesadez de una naturaleza desespiritualizada por la acción

caótica y desordenada de nuestro primer progenitor. Ni siquiera la cárcel en que Dios decidió encerrar a Satanás, según Pasqually, podía ser abominable o carente de ligereza en sus seres: de lo contrario, nunca habría puesto el Padre eterno al menor humano en un Paraíso de horror. En la doctrina del maestro Cohen (Tratado de la reintegración de los seres en sus propiedades, virtudes y poderes espirituales y divinos originales, Madrid 2002, p.14) se enseña con claridad que nunca podrían prevalecer los designios malvados de los ángeles caídos sobre las leyes y normas con que el Creador dotó al Universo. Por eso, el hombre y la naturaleza vivieron inicialmente en estado corpóreo de gloria, de ligereza, como corresponde a seres de raíz espiritual.

Por este motivo, cada vez que se abren los trabajos de la Logia se alumbran las tres grandes luces –el sol, la luna y el Venerable Maestro- que expresan el orden armonioso de la Creación, y no precisamente su fealdad carcelaria. En la instrucción al nuevo iniciado se recuerda que esas luces son el ‘triple poder que ordena y gobierna el mundo’ (RGA, Anexo II, p.119). Y no debe sorprender que, pese a la presencia de sol y luna, que son astros de luz, se deje claro que es el Venerable Maestro quien ‘ilumina, sin cesar, la Logia con sus luces’ (id. anterior), ya que sol y luna son apenas expresión de la diferencia entre derecha e izquierda, hombre y mujer, clemencia y rigor, mientras que el Maestro de la Logia es el símbolo viviente de la Unidad suprema de Dios, única Luz verdadera e incesante en el universo. Así, cuando se libera al Aprendiz de la venda que cubre sus ojos, el Venerable le comunica, mostrándole el cartel con la palabra Justicia, que ‘Las leyes de la justicia son eternas e inmutables’ (RGA, XV, p.86) y que si no es capaz de asumir los sacrificios necesarios para cumplirla, acabará deshonrado y perdido.

*El universo es el objeto de la vida, fue creado por la vida.
El hombre es su órgano, su administrador en el universo.
Sólo Dios es la fuente y el principio de la vida,
y ningún ser puede saborearla sin Él.
(Saint Martin, op.cit., p.95)*

Jardinero, cuidador del mundo, eso es el hombre en sentido estricto, pero cuando piensa que es su verdadero soberano, entonces el hombre se comporta con la fuerza desoladora del minero y no con el tacto amoroso del jardinero, que ordena la belleza natural que ya existía. Sin rey, sin Dios, el mundo se ensombrece y se enfriá, los seres creados se cosifican y se tornan pesados como plomo, mientras el hombre se entrega a la angustia de una soledad absurda que afea todo lo que le rodea. Cosmos, Templo de los fieles y

santuario personal son las tres formas que la sacralidad adopta en la existencia, son los tres templos en los que Dios muestra su belleza y en los que los iniciados se prosternan ante la Luz increada que todo lo inunda de su gracia. Y el Gran Arquitecto rige en cada templo con la justicia, la belleza y la fuerza que sostienen la creación: en su seno, en el Templo de plenitud, el masón cristiano reconoce su filiación divina, porque el hombre no es otra realidad que espíritu encarnado, como recordaba Gembra:

*Tampoco es el hombre semejante al animal,
que conoce por los sentidos la realidad material que le circunda,
pero sin poder salirse de su concreción y singularidad,
ni de las reacciones apetitivas que le provocan.
Ni ángel ni bestia, el hombre es un espíritu encarnado,
compendio limitado o finito del mundo material y del espiritual.
Es capaz de alcanzar el conocimiento de esencias y de realidades espirituales, pero sólo a
través del conocimiento sensible
de las cosas singulares y materiales que le rodean,
de cuya percepción arrancará toda otra forma superior
de captación o tendencia.
(Gembra, op.cit., pp.94-95)*

Debido a esa capacidad genuinamente humana de intuir lo espiritual, al preguntar el Venerable Maestro al Aprendiz, durante la instrucción, qué representa la Logia, éste responde sencillamente: ‘El Templo de Salomón, reconstruido místicamente por los francmasones’ (RGA, II, p.116). En realidad, el Templo masónico, como el personal o el cósmico, son formas místicas de la sacralidad divina, de la unidad espiritual que preside y sustenta todo lo manifestado. Nosotros somos templo, reconstruimos el Templo y existimos en el seno del Templo universal, porque cuando somos conscientes de la inexistencia real de las sombras empezamos a transformar nuestra vida en un sacrificio permanente, íntimo y total. La tarea del iniciado será, pues, reconstruir la sacralidad, disipar la tiniebla levantada por la arrogancia, apartar los metales que nos entorpecen y apesadumbran. Y para ello, el Venerable, en su plegaria al Gran Arquitecto del Universo, no fía únicamente en el voluntarismo humano, sino ante todo en la ayuda y bendición divinas:

*Dígnate premiar nuestro celo con un feliz éxito,
al objeto que el Templo cuya construcción hemos emprendido para tu Gloria, se
fundamente en la sabiduría, adornado por la belleza y sostenido por la fuerza, virtudes
todas que de Ti emanen.
(RGA, IX, p.45)*

Así, para el iniciado cristiano, las virtudes no son propias del mundo, sino de Dios, y el esfuerzo de construirse como criatura consciente sólo puede hacerse reconociendo en Él todas las posibilidades, cósmicas y eternas. Finalmente, las virtudes sobre las que se fundamenta el Templo masónico son las leyes divinas que ordenan el mundo y que orientan el alma humana hacia la luz y la armonía. La insistencia con que el ritual, en cualquier Grado masónico o caballeresco del RER, exige esfuerzo por avanzar en virtud, es una prueba más del sentido divino de la realidad creacional, formada por leyes justas y necesarias. El privilegio de infringir la ley es propio de los hijos, ya que sin esa libertad concedida por el Padre no habría verdadero amor; el error de Adán, el orgullo que le llevó al exilio, es el nuestro, y esa es la razón del esfuerzo constante por mantener las virtudes que permiten alzar el Templo un día tras otro. Y como todo cristiano, el masón espera de la benevolencia de Dios su apoyo para que el Espíritu sople a favor de nuestros desvelos, porque como enseña el salmo:

*Si Yahvé no construye la casa,
en vano se afanan los constructores,
si Yahvé no guarda la ciudad,
en vano vigila la guardia.
(Salmo 127)*

III - El iniciado cristiano en la Mansión del Hombre

Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.

Mateo 28, 19-20

La acción reparadora de Cristo no fue un hecho puntual, meramente histórico, sino un vuelco definitivo en el desorden introducido por Adán. Como dijo a sus discípulos antes de partir, Él no abandonará jamás a los suyos, mientras el tiempo no concluya. Y los cristianos deben bautizar a las gentes en agua y espíritu, y enseñarles lo que Él comunicó. Y la masonería, de fuerte raíz cristiana (Callaey 2004), asumió esa herencia entre los constructores, como así fue también para la caballería medieval en la que nos inspiramos en el RER. Hay que rememorar, una vez más, que nuestra

iniciación no nos libra de la acción en la Ciudad, sino que nos compromete a ella con la fuerza del Espíritu en nuestra progresión masónica.

Así, conviene tener presente que el mensaje del Hijo de Dios encarnado es espiritual, y no está circunscrito a una sola tradición o a un solo trayecto cultural. Roma se cristianizó en formas romanas, sin circuncidar a sus ciudadanos, mientras en Jerusalén se respetaba la vieja ley judaica, que, como dijo Jesús, Él no vino a derribar sino a darle toda su plenitud ¿Significa esto que el Evangelio es transversal a todas las tradiciones y que su universalidad le libra de las formas históricas? En lo fundamental sí, pero precisamente porque Él respetó la antigua ley, también nosotros debemos hacerlo allá donde nos encontremos, ya que la ley no ha de ser destruida, sino simplemente completada por el amor y la paz que Él nos dejó en herencia indestructible ¿Qué pensar entonces de la guerra o la colonización como método cristianizador, o de las liturgias cristianas de corte europeo en otras áreas culturales? Probablemente, que ha habido interpretaciones evangélicas, bienintencionadas, pero equivocadas, porque del mensaje de Cristo no se desprende nada de eso: Jesús asumió el Calvario ante un poder miserable, Pedro fue a morir a Roma entre gentes extrañas, y los gentiles fueron respetados en sus costumbres y lenguas, porque el mensaje era para todos los humanos. Pero lo que no hay que desdeñar tampoco, en nombre de fáciles universalismos innovadores, es el debido respeto a las modalidades religiosas que en cada región cultural hemos heredado a lo largo de los siglos. Sería una aberración para nosotros, occidentales, asumir liturgias orientales o despreciar el legado católico, ortodoxo o protestante en el cual hemos sido educados y en el que nos reconocemos como hijos no sólo del Espíritu, sino también de nuestra época y nuestra tierra. Tampoco es muy aconsejable que substituyamos los sistemas contemplativos que son los nuestros -hesicismo, vía cardíaca- por importaciones novedosas que están desconectadas de nuestra vivencia histórica, porque todo repercute negativamente en nuestra vida íntima de cristianos de un lugar y tiempo determinados. De ahí la justificada queja contra universalismos que desarraigán y debilitan a las gentes:

*En nombre de teorías igualitarias o de uniformismos legales,
el hombre actual ha olvidado o destruido realidades y ambientes milenarios; ha arrasado
diferencias, jerarquías y costumbres que constitúan
el ámbito de la vida y de la auténtica libertad de los pueblos.
(Gambra, op.cit., p.100)*

Por supuesto, el cristianismo no puede ni debe identificarse con esa nefasta concepción que extirpa raíces y banaliza una fe hasta convertirla en

una excusa para imperialismos culturales de coyuntura. Tampoco el mensaje evangélico puede ser la cara religiosa y decadente de un modelo moderno de sociedad que, en palabras de Tocqueville ya en el siglo XIX, es un enjambre de individuos semejantes entre sí ‘que se mueven sin reposo para procurarse los pequeños y vulgares placeres que llenan sus almas’ (ver en Gambra, op.cit., p.101). Tocqueville habló de un futuro temible, pero ahora somos plenamente conscientes de que la amenaza que él temía para Occidente ya está aquí: muchos pueblos descolonizados identifican al cristianismo con la cultura europea y su dominación, y el ideal globalizado que la modernidad ofrece al mundo es justamente el de individuos idénticos en su pequeñez y sedientos apenas de placeres materiales. Poco importa la adscripción eclesial e ideológica del masón cristiano, porque resulta prácticamente imposible a un hombre honesto y consciente ignorar el estado de postración de Occidente como cultura y del mundo como discípulo de vacuidades. La tarea del cristiano, dentro y fuera de Europa, es hoy tan ardua como en tiempos romanos; por ello, al cerrar la Logia, el Venerable exhorta a los masones a laborar por el bien común, sin limitarse a esconder la gracia obtenida lejos de las necesidades ajenas:

*Llevad entre los otros hombres las virtudes
de las cuales habéis jurado dar ejemplo.
(RGA, XVII, p.105)*

La demanda que el Venerable hace a todos los HH.. -dirigirse al resto de humanos para mostrarles la práctica cotidiana de las virtudes básicas- es el marco en el que se inscribe el mandamiento de Cristo a sus discípulos, citado al inicio de este apartado: bautizar en nombre de la Santa Trinidad, hacerlo en agua y espíritu, insuflar fe, esperanza y amor a una humanidad maltrecha y desvalida. El objetivo de la misión encomendada por el Mesías, y refrendada por la iniciación masónica auténtica, no podía diferir, ni por razones temporales ni por motivos de cultura, ya que ese fin sigue siendo el rescate y restablecimiento del hombre en su calidad original de hijo de Dios. Ni en el ámbito eclesial ni en el esotérico, el cristianismo puede renunciar a su misión, que no es otra que ser la sal de la tierra y la luz que reconforta al mundo, porque cuando somos fieles al Evangelio, prolongamos en nosotros su sabiduría y su claridad espiritual. Pero ¿Cómo compaginar el mandato misionero de bautizar a las gentes con el necesario respeto a sus múltiples costumbres y a sus tradiciones antiguas?

Preguntado hace años el arzobispo católico de Dakar, Monseñor Lefèvre, en una entrevista televisiva, si estaba en contra del ecumenismo, éste fue tajante en su respuesta: la Iglesia era misionera por mandato explícito de Cristo, y por lo tanto no podía ser ecuménica en el sentido de tratar a las restantes religiones en pie de igualdad. Muchos de nosotros, en nuestras planchas sobre Phaleg, el justo que se apartó de Babel, hemos escrito con convicción sincera que nuestra fe no admite rebajas ni amalgamas, y que nuestra labor espiritual no puede confundirse con la de cualquier otra tradición, por más notable que sea. Pero debemos exigirnos respeto –es sólo un aspecto del amor- por todas las antiguas religiones, ya que sin ellas, el hilo entre la humanidad caída y el Padre se habría cortado hace ya milenios. Nuestra misión es desvelar la buena nueva, y es que el Dios vivo está entre nosotros y nos sostiene un día tras otro, con la fuerza que da el renacer en agua y espíritu, llevados por el amor del Hombre-Dios. Y esa es la peculiaridad cristiana, ese es el sentido esencial de la ruptura de Phaleg: alejarse, renovarse, fortalecerse en la voluntad divina revelada, para regresar y aportar luz en medio de la confusión babeliana. Phaleg no se aleja para deshacerse de la humanidad desconcertada, se aparta para volver a ella con mayor virtud y amor.

En el pasado histórico, las Iglesias cristianas -muy particularmente la romana-consideraron que sólo las formas judaico-europeas podían aportar salvación. Así, paulatinamente, se pasó de prohibir a los bautizados cualquier violencia guerrera (se impedía el acceso a los sacramentos a quien hería o mataba en combate hasta bien entrado el siglo X) a aceptarlo en defensa de las tierras del Papado y, finalmente, a defender la cruzada como vía de expiación del caballero y de eliminación de cualquier gobierno infiel al grito de ‘Dios lo quiere’. Por supuesto, aquellos antecesores nuestros eran sinceros y cristianos, pero resulta difícil hoy imaginar al Mesías con escudo y lanza arremetiendo contra fariseos y gentiles. Más bien lo que el Reparador predicó era amor, al margen de que el destinatario pudiese ser cananeo, samaritano o gentil; y como señaló Pablo más tarde, la circuncisión y las costumbres de los pueblos eran prácticas particulares, porque el verdadero cambio estaba en el alma del bautizado por el agua y la luz del Espíritu Santo. Precisamente por esta razón, la misión cristiana es universal, porque no guerra contra las prácticas particulares de cada tradición, sino que las abre al soplo vivificante del amor divino, como destaca Panikkar. Y esa es también la explicación de la universalidad masónica, que es universalidad cristiana:

*(Los cuatro puntos cardinales sobre el tapiz)
designan la universalidad de la Orden,
extendida por las cuatro partes del mundo
y la unión de todas ellas.
(RGA, Anexo II, p. 122)*

Naturalmente, la masonería andersoniana del siglo XVIII, o la de hoy, interpreta que la universalidad significa que cualquier persona de cualquier religión puede incorporarse a la Franc-masonería, de igual modo que, mil años atrás, la Europa teocrática consideró que la universalidad cristiana podía y debía lograrse por cualquier medio, incluido el militar. En ambos casos ha habido confusión, diluyendo el mensaje evangélico en una amalgama religiones hoy e identificando al César con Dios ayer, lo cual ya fue descartado hace dos mil años por el propio Jesucristo. Ahora bien, si la universalidad no es ni la conquista militar aculturadora ni la dilución moralista de la logia madre de Kipling, entonces ¿En qué consiste la universalidad de la masonería cristiana, de la única masonería de tradición?

Para el cristiano que ha sido iniciado en el conocimiento, la Tierra es su morada, la Luz su compañía y el propio Arte su virtud. Sería impensable que un cristiano, y además iniciado en los secretos de la construcción del Templo, se deschristianizase para ser pretendidamente más ‘universal’, porque entonces nada podría aportar al resto de hombres. La religión que “nació el día en que nacieron los días”, de la que habló De Maistre (*Memoria al Duque de Brunswick*, París 1993, p.82), es la De Adán antes de la caída, la de Abel, Set, Noè, Melquisedeq, Abraham y que Cristo consagró con toda la pujanza de su divinidad encarnada. La universalidad de la Orden masónica, como dice nuestro ritual citado, tiene a la Tierra por mansión y al ser humano por principio, pero sin el amor perenne del Redentor apenas es una cárcel tenebrosa y un mercado de charlataneo babeliano. La misión del masón rectificado, pues, no es distinta de la del cristiano común, pues su mensaje sigue siendo la resurrección en el amor del Dios vivo. En medio del mundo, disperso en mil tradiciones cainitas, pero con el fuego cristiano de la esperanza brillando en su eje, el masón rectificado abre sus trabajos en el orto solar: ‘Es mediodía’ responde el Segundo Vigilante, para indicar a la Logia que el tiempo de acción bajo la luz divina exige esfuerzo y perseverancia. El conocimiento de la Luz es sencillo, es puro amor, es el hombre divinizado en su naturaleza primordial, y en palabras inspiradas de Nietzsche: ‘El sol del conocimiento está ya en su cémit y a su luz yace enroscada la serpiente de la eternidad ¡Es vuestra hora, hermanos del Mediodía, es vuestra hora!’ (Notas manuscritas a Así hablaba Zaratsustra). Pero el masón cristiano sabe que esa luz del conocimiento, esa

hora cenital sería fugaz como una sombra sin la acción constante del Reparador, del Dios que además de trazar al compás el mundo vino a él para sacarlo de la oscuridad del cainismo. Nosotros somos la luz del mundo: ‘Vuestro guía camina en la luz y no puede extraviaros’ (RGA, XI, p.58) dice el Instructor de quien en Logia guiará al candidato hacia la reconstrucción del Templo.

El hombre moderno piensa que el mundo carece de sentido, que nada posee dimensión eterna y que la existencia es un mero deambular errático. Frente a esa realidad degradada, las tradiciones de los pueblos de la Tierra apuntan tozudamente hacia un Infinito que perdió su dimensión humana, el amor que el Dios encarnado restableció en nosotros. Nosotros, masones rectificados, debemos vencer los riesgos de esa trascendencia fría, deshumanizada, que es la secuela histórica de la dejación cainita. Las tradiciones de todo origen son, a la vez, esperanza de un mundo desorientado y límite en la reconstrucción de un Templo que sólo el amor puede restaurar. ¿Quién, pues, rechazará las cualidades de esa tradiciones que soportan los embates de una sociedad moderna que niega armonía y sentido al universo? Sus grandes iniciados son miembros de pleno derecho de la maltrecha Casa del Hombre, porque más allá de los iniciados cristianos, ellos son los únicos que todavía respetan la Ley, aunque sea en ritos y sacrificios de humo constante pero oblicuo. Ellos saben que, pese al desplome del templo de Caín, este sigue aún en pie con sus columnas truncadas, y eso hace de ellos nuestros hermanos menores, en contraste con los modernos:

(El hombre actual) apretado en núcleos masivos de población, en bloques milimetrados de viviendas en serie, en transportes y vías sobrecargados, no intenta siquiera otorgar figura de mansión humana a un espacio inexistente ni orden diferenciado o ritual a un tiempo que escapa en tráfago de prisas y que se valora sólo por su rendimiento económico.

(Gambray, op.cit., p.102)

Situados entre Scyla y Caribdis, entre la tentación materialista del siglo y la fuga orientalizante de las tradiciones que no han sentido la amistad del Reparador en su cotidianidad, el masón cristiano es el alma auténtica de la Mansión del Hombre. El iniciado cristiano busca reconstruir su templo a la par que el zarandeado templo del mundo, y lo hace con la Luz constante del Mesías, del Dios vivo. Esta, y no otra, es la distancia radical -Phaleg- entre nosotros y nuestros hermanos pequeños, los iniciados en tradiciones secundarias, de origen cainita y de revelación parcial. No se trata de construir iglesias o logias sobre sus viejos templos derribados por el buldócer moderno,

sino de aportar nuestra luz y nuestro amor laborando junto a ellos, a fin de que en nuestra acción y en nuestra presencia perciban la fuerza divina del Resucitado, de aquél que sigue siempre entre nosotros, Emmanuel.

Hay que volver a percibir nuestra vida como un destello del amor divino. Y hay que descartar con nuestra alegría y nuestra virtud cualquier discurso nihilista moderno, pero también hay que desechar cualquier fatalismo mecánico de disolvernos en un Dios frío y distante, porque nunca fue así, y por la acción de Cristo, sigue sin ser así. Por todo ello, con nuestro ritual acotamos y devolvemos sentido al tiempo que nos fue otorgado; con nuestra vida de masones cristianos alzamos un templo en el espacio que el Gran Arquitecto, Jesucristo, nos entregó desde el Principio. Y mientras espacio y tiempo perduren, templo y rito seguirán para devolverle al mundo y la existencia su sentido original, aquél para el cual fuimos creados, como decía Martínez de Pasqually. Y en esa tarea central, ningún cristiano, y menos un iniciado cristiano, puede renunciar a ser la sal de la tierra, la luz del mundo y el centro restaurador de la Casa del Hombre, pues Cristo venció y su acción está más allá de los límites de lugar y tiempo, como recuerda Thibon:

*Cristo ha vencido al mundo
y esta victoria abarca la totalidad del tiempo y del espacio.
Y, por inciertas que sean nuestras posibilidades de éxito,
nuestra misión aquí abajo consiste en restaurar pacientemente,
en nosotros y en torno nuestro,
las condiciones para una restauración de la Ciudad de los hombres,
es decir, en preparar un porvenir para la eternidad.
(Thibon, op.cit., p.16)*

Nosotros, pues, somos la única y verdadera Sala Capitular de la Mansión del Hombre, y lo somos por Revelación, por mayorazgo y por iniciación. La Casa común de los humanos está dislocada y la mayoría de sus estancias arruinadas por un espacio profanado y un tiempo banalizado. Apenas algunas salas próximas al santuario siguen en pie, sostenidas trabajosamente por las tradiciones cainitas supervivientes: sus grandes iniciados y sacerdotes son nuestros hermanos menores, que no necesitan nuestras espadas sino nuestra luz crística. Y en el centro de la Mansión en ruinas, como nuestro emblema rectificado de ‘Adhuc Stat!’, se alza el Santuario del Templo del Mundo, la verdadera Sala Capitular en la que el Reparador guía nuestros pasos y les da medida en el espacio y ritmo en el tiempo. Nuestra misión es reconstruir, incesantemente, la castigada Mansión de los hijos de Caín; nuestro

deber cristiano es forjar a diario, en medio de la confusión moderna, un porvenir para la eternidad.